



EL TIEMPO LIBRE LA AUTORIDAD LA MUERTE

“Reflexionemos para educar mejor”

**Josep M. Andrés y Roser Gallart
Carles Ariza y Margarita Montobbio
Iñaki Echebarria y Cristina Manresa
Joaquim Fernández-Díaz y Rosa Monreal
Josep M. Lozano y Pilar París (Coordinadora del grupo)
Josep M. Rambla, sj.**

Índice:

1. El tiempo libre y las actividades extraescolares
2. La autoridad con los hijos, hoy
3. Cuando los hijos nos preguntan sobre la muerte

Un grupo de padres empezó a reunirse, preocupados por la educación de sus hijos. De la puesta en común de sus experiencias, de sus preocupaciones y de sus dificultades a la hora de plantearse su educación se han elaborado estas “Reflexiones”.

Esta colección, “Reflexionemos para educar mejor”, quería facilitar a los padres algunos elementos que favorezcan y dinamicen el diálogo entre ellos y/o con otros padres sobre cuestiones educativas, para que puedan ser útiles en el camino de ayudar a crecer a sus hijos.

Este es el segundo cuaderno de la colección “**Reflexionemos para educar mejor**” que publica EIDES. Con esta publicación se consolida el trabajo iniciado por este grupo de padres hace casi cuatro años.

En el primer cuaderno se tratan los temas siguientes:

- Cómo educamos el consumo
- Los padres y los celos de los hijos
- Cómo educamos la fe de nuestros hijos

Nuestro deseo más sincero es que estos *papeles* ayuden a otros padres, del mismo modo que han permitido al grupo que ha preparado estos materiales compartir y madurar juntos los retos educativos que los propios hijos van planteando.

1. EL TIEMPO LIBRE Y LAS ACTIVIDADES EXTRAESCOLARES

1. SITUACIONES DE VIDA

“Ahora mi hijo me sale con que no quiere ir a las clases de flauta travesera porque dice que se aburre. Con lo que me cuesta y el tiempo que pierdo llevándolo y yendo a buscarlo”.

“En la escuela les ponen demasiados deberes; no se dan cuenta de que con el inglés, el baloncesto y el solfeo, los pobres ya tienen suficiente. Y, claro, ¡no vamos a llevarnos los libros a la torre...!”

“Se pasan el día enganchados a la tele: cuando no ponen algo que les interesa se sientan delante de l ordenador con los videojuegos. No hay forma de que cojan un libro.”

“Tienen que empezar la música de pequeños; si no, después ya es demasiado tarde para aprender un instrumento. Es lo que me pasó a mí.”

“Hoy en día, sin inglés no se puede ir a ninguna parte. Te lo piden para todo. Y con el de la escuela no basta.”

“La niña ya tiene cinco años. No sé si tendría que apuntarla a una actividad extraescolar...”

“No sé que les ha cogido ahora que no quieren ir al grupo de tiempo libre. Y el caso es que, cuando van, se divierten. No sé si hago bien obligándoles a ir.”

2. DE QUÉ HABLAMOS

No nos referimos al tiempo de vacaciones, tema que merecería un tratamiento aparte, ni a la forma de ocupar el fin de semana. Entendemos por tiempo libre aquel que se vive al margen de la jornada laboral o escolar. Y aunque en el marco de la profesión o en la escuela encontramos también convivencia, formación, etc., podríamos describir el *tiempo libre* como:

Un tiempo de convivencia: puesto que permite dedicar ratos más largos a aquellas personas con las que nos sentimos más a gusto: familia (padres, abuelos, primos, etc.), amigos, compañeros de aficiones, etc. Y con ellos, podemos escuchar música, pasear, charlar, ir de excursión...

Un tiempo formativo/educativo: puesto que permite realizar actividades para profundizar en conocimientos, habilidades, etc.(idiomas, informática, mecanografía, música, pintura...). Algunas pueden estar muy relacionadas con la preparación que se pretende adquirir para el futuro; pero esto no tendría que ser lo prioritario, porque en el tiempo libre se buscan más bien actividades alternativas o que rompan con la actividad cotidiana.

Un tiempo para disfrutar: para pasárnoslo bien con aquello que nos gusta, que proyecta nuestros ideales o intereses, que desarrolla nuestra personalidad (coleccionar, leer, pintar, jugar).

Un tiempo de descanso: aunque haya actividad, ésta tiene que ser suficientemente relajada, proporcionada y/o diferente de la habitual; y tiene que permitir tiempo de reposo suficiente (el cuerpo necesita descansar, hay que dormir suficientes horas, no podemos ir empalmando una actividad tras otra sin parar).

Un tiempo flexible: que permita relativizar o cambiar ritmos y que evite trasladar más allá del trabajo o de la escuela las prisas, las obligaciones ineludibles, los nervios, etc... Esto no significa que, en determinadas actividades, no se necesite una cierta disciplina o un cierto orden. Pero, en general, ha de permitir espacios para no hacer nada, para sentarse, pasear, hacer cosas que no exijan planificación: el tiempo libre es libre.

Normalmente, la parte más exigente de la vida del niño está en la escuela. Pero no tenemos que pensar que la formación sólo se recibe en la escuela. Hay otros aspectos de la persona que pueden trabajarse a través de las actividades realizadas fuera del horario escolar. Cada ámbito, escolar y extraescolar, es un ámbito de aprendizaje y no podemos olvidarlo. Hay muchas experiencias que los chicos y chicas van teniendo y aprendizajes que van adquiriendo a través de las actividades fuera de la escuela y que constituyen un bagaje muy importante que no se improvisa en cuatro días:

- crecimiento de la autonomía propia
- experiencias de convivencia
- educación de la sensibilidad
- actitudes de solidaridad
- crecimiento de la capacidad de iniciativa y de la creatividad
- actitudes de compromiso, de tolerancia, de apertura
- capacidad de trabajar en equipo, de compartir
- cultivo de aficiones
- respeto a la naturaleza, etc.

Los grupos de tiempo libre, los grupos de “scouts”, las asociaciones juveniles, las agrupaciones deportivas, etc., pueden ser también escuelas de formación importantísimas. No son simplemente el recurso de los padres para entretener o tener ocupados a los hijos. La convivencia en un grupo puede brindar un contexto adecuado para la maduración y la formación de los chicos y las chicas. Cuando llegan a edades difíciles, como la adolescencia, habrán desarrollado unas raíces que, en la mayoría de los casos, podrían ayudar a superar los problemas que se planteen. Y, más adelante, todo esto tal vez contribuya a conformar a la persona adulta.

3. CÓMO AFECTA LA CUESTIÓN A LOS PADRES

Con frecuencia, las actividades de los hijos comportan para los padres una dedicación importante de tiempo (acompañarlos o recogerlos, estar con ellos mientras realizan la actividad, etc.) Todo ello exige una buena planificación. También hay que tener en cuenta que algunas de las actividades que se eligen pensando que ocuparán un par de horas pueden, a lo largo de todo un curso, ir exigiendo nuevos espacios (competiciones, partidos en sábado, exhibiciones, concursos...) y tal vez la familia no está dispuesta a asumirlas. Antes de comprometerse, vale la pena valorarlo.

También podría ser interesante encontrar actividades que permitan, de manera habitual o esporádica, que los padres pasen ratos con los hijos, o actividades que realicen padres e hijos conjuntamente y les permitan un tiempo de convivencia que, de otro modo, les costaría encontrar.

Cuando se planifican las actividades fuera del horario escolar para niños y niñas, no ha de buscarse lo más cómodo (por horarios, desplazamientos, etc.) o lo que hagan sus compañeros de la escuela. Con demasiada frecuencia, se eligen las actividades en función de precios y de su adecuación a los horarios de los padres, y no en base a lo que es realmente bueno para los hijos o porque se adecuan a sus intereses.

Sea como fuere, en ocasiones los padres se ven obligados ineludiblemente a implicar a los chicos y chicas en alguna actividad, como cuando los hijos tienen las vacaciones y los padres no (Navidad, mes de Julio, etc.). Sin sentirse culpables por esta situación que les viene impuesta, tienen que procurar encontrar la mejor actividad teniendo en cuenta la opinión de los hijos, sus gustos, etc.

Lógicamente, las posibilidades económicas, el lugar donde se vive, los horarios, pueden condicionar mucho la elección de actividades para el tiempo libre. Pero, aun teniendo en cuenta todo esto, hoy en día el abanico de ofertas es amplio y se adapta a muchas posibilidades; y además, este abanico tiende a crecer.

4. CÓMO PODEMOS AYUDAR

Tiempo libre no es sinónimo de no hacer nada. Pero tampoco significa un tiempo ocupado hasta el límite. Intentado complementar lo que se ha dicho más arriba, podríamos sugerir algunos elementos para que cada uno elabore sus *criterios de elección de las actividades extraescolares* de los hijos.

Adecuación a la propia personalidad e intereses

No hay que obligarlos a realizar una actividad que no les guste; ellos tienen algo que decir a la hora de elegir la actividad. Conviene dialogar con ellos para ayudarlos en la elección, orientar su decisión sin limitar sus preferencias, valorar el compromiso que supone vincularse a una determinada actividad, etc. No es fácil, porque no se trata de hacer las cosas simplemente porque el niño o la niña lo desea ni porque los padres ya lo han decidido, sino de buscar un cierto equilibrio.

Tampoco tenemos que intentar que los hijos hagan lo mismo que hicieron sus padres o lo que les habría gustado hacer en su niñez y no pudieron. Ni se trata de que todos los hermanos hagan lo mismo o pasen por las mismas experiencias. Tenemos que saber encontrar para cada

uno lo que le conviene o aquello por lo que siente especial inclinación; tienen que ser actividades que estén de acuerdo con los gustos, aficiones y manera de ser de la persona. Cuando establecemos la obligación de realizar una actividad como deber, sin que haya sido libremente asumida o aceptada, estamos convirtiendo esta actividad en trabajo y no permitimos el ocio (ocio tiene que ver con algo libre); y cuando imponemos esta obligación a otra persona no permitimos que sea ella misma y podemos generar frustración y desgana.

Ruptura con respecto a la actividad habitual

Ya sea en razón del ambiente, de lugar, de las personas, respecto de la actividad laboral o escolar. Es una cuestión de higiene y nos permite abrirnos a otras relaciones o posibilidades, conseguir un mayor enriquecimiento. No es que sea malo practicar un deporte en la misma escuela o realizar una actividad con los compañeros de trabajo, pero si nunca existe una posibilidad de salir del ambiente de siempre, al final puede resultar contraproducente.

Complementariedad

Respecto del tipo de actividad que llevamos a cabo habitualmente,

- puesto que la actividad escolar es muy sedentaria, será bueno buscar ejercicio (por ej.: es muy convenientes que los niños hagan deporte o que participen en algún grupo excursionista);
- si es muy intelectual, tal vez nos convenga una actividad manual (manualidades, maquetismo, juegos de habilidad...);
- si se trata de alguien a quien le cuesta entablar relaciones, podría ser interesante que formase parte de un grupo que lleve a cabo actividades diversas (teatro, expresión, plástica...) y que desarrolle vínculos de comunicación con un grupo,
- si un niño es muy inquieto, podría ser interesante que practicase regularmente una actividad que le permita “descargarse” mediante el movimiento, y, al mismo tiempo, le obligue a seguir una normas y unas pautas de disciplina corporal,

En todo caso, tenemos que respetar las características y habilidades de cada niño/a y no obligarles a hacer lo que no les agrada. Debemos tener en cuenta su forma de ser y sus inclinaciones. En definitiva, intentar encontrar un cierto equilibrio.

Otras consideraciones

- *Importancia de la continuidad.* Es natural que niños y niñas deseen probar cosas nuevas y cambiar a menudo de actividad, pero no hemos de propiciar que se conviertan en personas caprichosas o empiecen una actividad nueva cada quince días. Es importante que sean conscientes del valor de comprometerse con un grupo o con una institución o con unos compañeros y que sepan mantener el compromiso incluso en momentos de cansancio o de desilusión; que sepan acabar lo que empiezan. Tiene que haber un equilibrio entre la estabilidad y la variedad.

— *Cuidado con el exceso de actividad.* Hay que potenciar la motivación y el deseo de aprender, pero sin saturar. Debemos dejar que tengan algo de tiempo desocupado; para jugar y soñar. Un exceso de actividades extraescolares puede producir el efecto contrario al que pretendemos y generar una ansiedad y una tensión emocional que perturben la atención, o provoquen la disminución del rendimiento escolar a causa de la fatiga. Y, al contrario, la ausencia de todo tipo de actividad hará que los niños y niñas dejen de desarrollar una parte importante de su persona.

— *Ayudar a despertar la creatividad.* En ocasiones nos encontramos con niños y niñas que muestran falta de interés por cualquier actividad, pasividad, todo les aburre. Muchas veces, esto es fruto de un mundo interior empobrecido. Es importante educar la creatividad, la imaginación; enseñarlos a disfrutar de las pequeñas cosas, de la paz de estar consigo mismos, del silencio... Todo esto no se improvisa, exige estar por ellos, acompañarlos, compartir nuestros sentimientos, gustos, etc.

— *Iniciación progresiva.* Cuando los hijos son pequeños convendría que no hubiese prisas por que iniciase una actividad extraescolar. Es importante que los niños jueguen, que inviten a casa a algún amigo o que vayan invitados a casa de otros; que los padres también jueguen con ellos. Ya llegará el momento de empezar una iniciación deportiva o cualquier otra actividad formativa: lo propio de los niños es jugar, Y, si es posible, en compañía. Por ello, en el caso de familias con un único hijo, es muy importante el contacto con otros niños, ya sean compañeros de la escuela, vecinos, familiares próximos, etc.

5. CUESTIONARIO

1. ¿Qué actividades extraescolares realizan nuestros hijos? ¿Qué criterios hemos utilizado para elegirlos?
2. ¿Qué papel tienen los hijos en la elección de dichas actividades?
3. ¿Qué comportan las actividades extraescolares para la vida familiar?
4. ¿De qué manera nuestras ocupaciones o actividades condicionan las de los hijos?
5. ¿Consideramos que el ritmo de actividades extraescolares que realizan es equilibrado? ¿Por qué?
6. ¿Hablamos con los hijos de las actividades extraescolares? ¿De qué modo tenemos en cuenta lo que nos transmiten?

2. LA AUTORIDAD CON LOS HIJOS, HOY

1. SITUACIONES DE VIDA

“Jorge siempre hace lo que quiere. Siempre tiene la última palabra. No sé qué pintamos nosotros” (La madre al padre).

“Parece mentira, pero cuando yo digo que nuestro hijo ha de hacer algo, tú siempre te pones de su lado y no hay modo de ponernos de acuerdo. Total, que el niño hace lo que quiere” (El padre a la madre).

“Por mucho que tú lo digas, no pienso ponerme esta falda. Quiero los vaqueros...” (Mercedes, 8 años).

“No entiendo nada. Ahora parece que en la escuela ya no se preocupan de educar a los niños y niñas. Mi nieto habla de cualquier manera con sus profesores y profesoras. No hay aquel respeto que había antes...” (Abuelo de 65 años que ejerce de canguro permanente).

“No quiero a Sergio en clase hasta que no pida disculpas, cumpla el castigo y sus padres hayan hablado conmigo” (Ana, profesora de 5º de Primaria).

“De acuerdo, me tratas como un amigo, pero no olvides que soy tu padre” (Al hijo de 15 años).

“Esto es lo que piensas tú que me conviene. Y como eres mi padre, crees que no te puedes equivocar” (Hija de 13 años a su padre).

2. DE QUÉ HABLAMOS

Una de las definiciones de “Autoridad” es “el poder de mandar, de dirigir. Cualidad del que sabe hacer que le obedezcan”. Aquí hablamos de la autoridad de los padres y de las personas (abuelos, parientes, profesorado...) que intervienen en el proceso madurativo y educativo de los niños y adolescentes que permite orientar la educación de los hijos y también hablamos del respeto de los hijos hacia los padres y los educadores. No nos ocuparemos, por tanto, de otros aspectos de la autoridad en otros campos de la actividad social.

No hablamos del autoritarismo que implica la sumisión incondicional a la autoridad que se practica a veces por parte de los padres en casa y que no permite el crecimiento y la realización como persona del que obedece. La educación y el crecimiento personal de los hijos necesita un clima de seguridad (que proviene de una autoridad bien entendida), de confianza y de libertad.

La autoridad bien ejercida en la familia genera seguridad, puesto que proporciona a los hijos unos puntos de referencia claros y confianza en las indicaciones de los padres. La auténtica autoridad es la que es aceptada, la que provoca el reconocimiento del otro.

Una cuestión importante es que la autoridad de los padres debe ejercerse desde el inicio de la vida de los niños y no es una responsabilidad que se deba estrenar con el inicio de la adolescencia. Los estudiosos afirman que los años más importantes para la maduración y la educación de los niños y niñas son los primeros 6-8 años. Es ya en este momento de establecimiento de hábitos y de normas cuando se necesita el ejercicio de la autoridad de los padres y las madres. La actuación de los padres con los hijos durante los primeros años en situaciones de la vida cotidiana como el mantenimiento del orden en las cosas, la colaboración en las pequeñas tareas domésticas, el uso prudente de la televisión y del ordenador, la forma de jugar con los hermanos o amigos, aprender a comer de todo... es clave para establecer un marco de actuación.

3. CÓMO AFECTA LA CUESTIÓN A LOS PADRES

En nuestra sociedad, la autoridad tiene mala prensa. A los mayores les recuerda un tiempo en el cual el ciudadano normal no tenía reconocidos sus derechos. La autoridad en la sociedad civil, militar y/o religiosa representaba el poder absoluto.

Es interesante indicar que la autoridad de los padres tiene poco que ver con la autoridad y el poder de la sociedad, puesto que se basa en el amor, el cariño y el cuidado mutuos. No es el resultado de unas votaciones y se concreta en el día a día, dando puntos de referencia, estableciendo un diálogo permanente. Ello no impide, como pasa en toda relación humana, que de vez en cuando puedan surgir conflictos que tienen que resolverse.

En el ámbito personal, que incluye el familiar, con demasiada frecuencia la autoridad se había vivido como un sufrimiento: ¡lo que tenían que hacer los niños era escuchar y hacer lo que decían los padres! No había espacio para la reflexión crítica ni para la adhesión voluntaria.

La democracia ha introducido cambios importantes en la relación entre los poderes públicos y los ciudadanos y ciudadanas, entre los miembros de la misma familia, en las relaciones educativas en el marco escolar... El principio de autoridad ha entrado en crisis como tantos otros valores y las relaciones interpersonales se producen en un marco más igualitario en el cual los razonamientos y, especialmente, las experiencias anteriores, la trayectoria de la relación..., otorgan o restan autoridad. Aunque no hay que pensar que todos los problemas entre padres e hijos pueden resolverse sólo hablando: en más de una ocasión será necesario que los padres digan la última palabra, precisamente basándose en el amor que sienten por sus hijos y en su bien.

En este sentido, un aspecto relevante del ejercicio de la autoridad de los padres es la necesidad de *marcar límites* que vienen determinados por los valores que pretendemos transmitir. Y esto significa que, en algunos momentos, el mantenimiento de los límites puede provocar un cierto sufrimiento tanto a los padres como a los hijos. Pueden producirse situaciones difíciles que impliquen falta de comunicación, malhumor...

Por otro lado, la incorporación de la madre al mercado laboral, la precariedad laboral, la necesidad de trabajar con horarios que dificultan la relación continuada con los hijos..., provocan una dinámica familiar que no favorece una relación natural y, por lo tanto, una percepción equilibrada de la autoridad:

- con demasiada frecuencia, los abuelos son los canguros oficiales y sobre ellos recae un exceso de responsabilidades educativas,
- se produce un movimiento de transferencia a la escuela de buena parte de las responsabilidades propias de los padres para con los hijos,
- los padres son conscientes de la falta de tiempo dedicado a los hijos y, desde una cierta mala conciencia, a veces toman la postura de no contrariar a los hijos, no ser críticos con sus comportamientos egoístas o poco solidarios, tienen miedo a ejercer su autoridad para no frustrarles...
- en poco tiempo, se ha pasado de un sistema autoritario de los padres a un cierto contrato tácito según el cual cada uno hace lo que quiere. A menudo, los padres, por miedo al conflicto, se rinden y dejan de asumir sus responsabilidades educativas.

Por último, cabe indicar que la sociedad en la que actualmente tenemos que educar se caracteriza por su heterogeneidad de modo que los mensajes de la TV, la prensa, los valores de las familias de los amigos de nuestros hijos... pueden ser muy diferentes a los nuestros. Esta realidad implica que los padres no tienen que improvisar permanentemente, sino todo lo contrario: tienen que tener muy claro cuáles son los referentes más importantes. Más de una vez toca decir a los hijos: “Lo sentimos, pero en casa es diferente.”

4. POSIBLES RESPUESTAS DE LOS PADRES

En este nuevo escenario se tiene que volver a situar y a pensar el papel educativo de la autoridad en cada uno de los ámbitos educativos y en los diferentes estados madurativos de los hijos. La autoridad se manifiesta claramente educativa cuando va acompañada de una dosis importante de flexibilidad, de manera que con los diferentes hijos o en momentos distintos tiene que ejercerse de diferente manera.

Algunos componentes personales de los padres, la convicción profunda respecto de los propios valores, el tono de voz, el equilibrio en la exigencia..., son también factores a tener en cuenta.

Como consideración general, puede decirse que no se trata simplemente de dar órdenes e indicaciones y pasar a otra cosa. Las órdenes han de ir acompañadas de argumentos positivos, han de generar confianza, y ser en general, aceptadas de buen grado. Ante las dificultades, los padres no pueden eludir sus responsabilidades aunque pueda resultar doloroso el mantenimiento de una decisión. Saber decir que no a tiempo y mantenerlo puede entrañar un gran valor de cara al futuro.

La autoridad de los padres tiene que ser realista con las condiciones y los entornos de los hijos. Es importante el seguimiento continuado de su crecimiento, conocer los ambientes, las amistades, los intereses... para que la respuesta de los padres a los problemas sea fruto del conocimiento y no de la improvisación.

En una sociedad que invita constantemente al placer, al individualismo, a la comodidad..., la tarea de los padres se presenta como un reto para educar en el valor del esfuerzo, del trabajo

bien hecho, de la solidaridad; y en este aprendizaje, la autoridad de los padres se revela como herramienta imprescindible.

La autoridad invita a crecer, aconseja y ayuda a dar pasos adelante: son los hijos los que avanzan, los auténticos protagonistas de su crecimiento como personas.

El objetivo final del ejercicio de la autoridad de los padres es la consecución de la plena autonomía de los hijos. En la misma medida que los hijos asumen sus responsabilidades, va desapareciendo la necesidad de la autoridad de los padres. La estrategia más eficaz, cuando son mayores, es una retirada gradual de la intervención de los padres para facilitar la asunción responsable de los hijos.

5. CÓMO PODEMOS AYUDAR

Parece oportuno indicar algunos ejes fundamentales para ejercer la autoridad de manera adecuada y para que resulte educativa:

Tiempo. La educación exige tiempo y, en la medida en que la autoridad se manifiesta en pequeñas decisiones cotidianas, es necesario que los padres se reserven tiempo para estar, hablar, comentar con los hijos. Esto se puede conseguir introduciendo cambios organizativos en ciertos hábitos:

- Trabajar menos horas aunque eso signifique ganar menos dinero.
- No utilizar a los abuelos o a personal externo en la atención a los hijos, a menos que sea necesario.
- No encender la TV durante las comidas para favorecer el diálogo.
- ...

Diálogo. La autoridad de los padres tiene que ir acompañada de diálogo. No se trata de conseguir la sumisión a un poder lejano que se impone sin más. El diálogo favorece el ejercicio de una autoridad con la suficiente flexibilidad como para que los padres reconozcan sus errores (“Perdona, pero ayer tenías razón”) y aceptar con normalidad las excepciones a la regla general. Una autoridad dialogante por parte de los padres acepta que el hijo tenga razón cuando efectivamente la tiene.

Coherencia. Lo que hoy es negro no puede ser blanco mañana. Es fundamental que desde muy pequeños, los niños y niñas se den cuenta de cuáles son los mensajes, los valores importantes, los comportamientos positivos. Y, en este sentido, tiene que haber un acuerdo de principios básicos entre los padres. Es profundamente antieducativo manifestar discrepancias importantes delante de los hijos en temas de carácter educativo.

Perseverancia. La educación es un proceso que dura toda la vida y necesita que el esfuerzo educativo se produzca con continuidad. Con harta frecuencia los padres tienen la tentación de pensar que no hay nada que hacer, que es mejor dejar el hijo o la hija se lo encuentre...

Oportunidad. A nadie le gusta que le indiquen lo que tiene que hacer y menos cada día y a

cada hora. La auténtica autoridad de los padres favorece la existencia de espacios de libertad en los que los hijos tienen que optar y comprobar el resultado de sus decisiones al margen de los padres...

Jerarquía de valores. El esfuerzo y la autoridad tienen que centrarse en las cuestiones realmente importantes. Con demasiada frecuencia los padres y las madres dan importancia desproporcionada a aspectos secundarios. Es fundamental seleccionar las cuestiones importantes y jugar fuerte.

Colaboración padres-escuela. Aunque la responsabilidad primera y principal de la educación de los hijos es de los padres, la escuela ejerce un papel muy importante en la educación sobre la autoridad, porque es el primer lugar donde se produce su socialización.

Tiene mucho interés educativo que los hijos perciban un clima de confianza mutua entre los padres y la escuela. En ningún momento pueden los padres desautorizar al profesorado delante de los hijos. En todo caso, las dificultades tienen que hablarse directamente con la escuela.

6. CUESTIONARIO

1. ¿Qué entendemos por autoridad? ¿La consideramos necesaria?
2. ¿Estamos convencidos de que es imprescindible para el equilibrio de nuestros hijos marcar unas pautas, unos límites?
3. ¿Recordamos alguna ocasión en la que hayamos vivido una falta de respeto, un trato demasiado “de colegas” de nuestros hijos hacia nosotros? ¿Cuál fue nuestra reacción?
4. Con frecuencia, pero sobre todo en la adolescencia, la autoridad comporta conflictos, ¿estamos dispuestos educar en el conflicto?
5. Si la autoridad de los padres es percibida por los hijos en el día a día a través del diálogo y la manera de pensar y de hacer en las situaciones domésticas cotidianas ¿dedicamos suficiente tiempo a “estar”, a dialogar, a compartir ratos con nuestros hijos?
6. ¿Cómo valoramos en casa el papel del profesorado y de la escuela de nuestro hijo o hija? Si se ha elegido la escuela porque existe una profunda sintonía entre las aspiraciones de los padres respecto de los hijos y el tipo de centro ¿confiamos en la tarea del profesorado? En los momentos de conflicto, ¿cómo nos manifestamos delante de los hijos? ¿desautorizamos a la escuela?

3. CUANDO LOS HIJOS NOS PREGUNTAN SOBRE LA MUERTE

1. SITUACIONES DE VIDA

“Mamá, ¿tú puedes morirte? ¿Y papá? ¿Todos tenemos que morirnos? ¿Por qué?”

“¡Quería tanto al abuelo! Ya no podré verlo más. ¿Dónde está ahora?”

“Todavía no le hemos dicho nada a la niña. Hoy ha ido a la escuela como siempre. No vale la pena hacerla sufrir más de la cuenta. Lo quería tanto. No tiene por qué ir al entierro y todo eso. Ya se lo diremos dentro de unos días.”

“La enfermedad de mi hermano duró unos meses. Yo era pequeño, tenía 9 años. Veía a todo el mundo preocupado, pero delante de mí disimulaban para que no sufriese. ¡Cuando murió fui muy fuerte! El mismo día fui a la escuela como si nada y no derramé ni una lágrima.”

“Me dijeron que la abuela estaba en el hospital, porque no se encontraba muy bien y ya no volví a verla nunca más. Con el tiempo me di cuenta de que había muerto, pero no querían decírmelo. Nunca me había sentido tan sola, no podía confiar en nadie.”

2. DE QUÉ HABLAMOS

Hablamos de la muerte. Y hablar de la muerte, significa hablar de separaciones y de pérdidas y nos resulta difícil y, a veces, nos da miedo.

Y si hablar de la muerte es difícil, hacerlo con los hijos lo es todavía más, sobre todo cuando se trata de la muerte de seres queridos.

Además, nuestro entorno social no nos facilita mucho las cosas. En nuestra sociedad occidental, en la que a través de la publicidad y del consumo se potencia el éxito, el poder, el placer inmediato, la eterna juventud..., la muerte no tiene cabida, es un tema tabú, al igual que el dolor, la enfermedad, las discapacidades, la pobreza..., y se intenta disimular y ocultar.

Disimular y ocultar y también desconectarla de los sentimientos, porque, paradójicamente, esta misma sociedad nos está inundando constantemente a través de la TV y el cine, de violencia y de muertes. Unas muertes frías, lejanas, poco reales, en las que parece que no cuenten las emociones y los sentimientos y que, de algún modo, nos hacen insensibles a otras realidades a menudo trágicas (guerras, hambre, violencia...) que vivimos como meros espectadores.

Nosotros, al abordar este tema, queremos referirnos a la muerte que nos implica emocionalmente, a la muerte de las personas que queremos, a nuestra propia muerte... Queríamos hacer una reflexión sobre cómo vivimos el hecho de la muerte en nuestras familias, cómo la tenemos asumida como padres, cómo la planteamos a los hijos.

3. CÓMO AFECTA LA CUESTIÓN A LOS PADRES

Creemos que la manera de plantearnos el tema de la muerte como individuos y como pareja, y la forma en que la cuestión de la muerte afecta a los padres, condicionará de una forma importante la forma de trabajarlos con los hijos.

Con frecuencia, los padres tienen más dificultades a la hora de pensar en la muerte, hablar de ella y aceptarla que los propios hijos. Nos inspira respeto y nos da miedo, y creemos que si no pensamos en ella ni hablamos de ella viviremos más tranquilos.

Pero para los hijos es un tema como tantos otros, un tema que les preocupa y les plantea preguntas que necesitan respuestas. Si empiezan a notar en nosotros actitudes evasivas, respuestas poco claras..., empezarán a captar que es un tema tabú del cual es mejor no hablar y se quedarán solos con sus angustias.

En cambio, si al preguntar encuentran a unos padres sinceros y serenos que procuran no eludir el tema y hablan de él honestamente, contestando lo que realmente piensan, los hijos podrán hablar de la muerte y aceptarla de otra forma cuando ésta sea algo más cercano.

En la vida cotidiana se dan diversas situaciones que nos sitúan frente al hecho de la muerte y que nos afectan de maneras también diferentes. No es lo mismo la muerte de personas lejanas, más o menos conocidas, que la de una persona de la familia, o la del esposo o la esposa o la de uno de los hijos. No es lo mismo si se trata de una muerte esperada por un largo proceso de enfermedad o por la edad avanzada de la persona en cuestión o si se trata de una muerte repentina... No cabe duda de que la tristeza y la aflicción no serán las mismas en cada situación y, por lo tanto, la forma de poder abordar el tema con los hijos también será distinta.

Probablemente, la situación más difícil es la que conlleva la muerte de un ser muy querido (uno de los padres, un abuelo o abuela, uno de los hijos...) A menudo, los padres se sienten demasiado abrumados como para poder explicarlo a los hijos. El dolor es muy intenso y querríamos evitar al hijo este sufrimiento. Se teme no poder aguantar el llanto delante del niño y se intenta disimular al máximo estos sentimientos, como un modo de impedir que también él se sienta invadido por la tristeza y el dolor. Las preguntas de los hijos ¿por qué se ha muerto?, ¿cómo ha muerto? ¿qué pasa después de la muerte?, se suelen contestar con evasivas o dando la callada por respuesta.

A los adultos nos cuesta soportar el sufrimiento del duelo, pero nos cuesta todavía más soportar el sufrimiento de los hijos y compartir con ellos el dolor (llorar con ellos, estar tristes con ellos).

4. POSIBLES RESPUESTAS DE LOS PADRES

Ante la muerte, los padres podemos adoptar diferentes posturas y actitudes.

Actitud de esperanza. Es la actitud de la persona consciente de que no hay vida sin muerte y que, precisamente porque sabe que ha de morir y lo acepta y lo comprende, puede asumir el sentido de la vida y enfocar la muerte y el duelo positivamente. Es también la actitud propia de los creyentes, que confían en Dios, el Dios que nos ama y nos acompaña en nuestra tristeza y dolor, y está siempre con nosotros, tanto en la vida como en la muerte.

Actitud de desesperación, que se da cuando la persona se desmoraliza y se hunde, le parece imposible asumir la pérdida del ser querido y puede caer en una actitud enfermiza, y a veces destructiva, que no permite avanzar. En esta situación es imposible hablar serenamente con los hijos y poder acompañarlos en su duelo.

Actitud tranquilizadora, que iría muy vinculada al miedo, miedo a compartir el dolor, la tristeza, los sentimientos... No puede hablarse del tema y se evita la realidad con evasivas, *se ha ido de viaje, está en el hospital porque está enfermo...*, o bien, *está en el cielo* (cosa que no es fácil de entender para los más pequeños), o bien se delega a Dios la responsabilidad, *Dios se lo ha llevado*, con el peligro de convertir a Dios en una figura cruel que se lleva a la persona que amamos.

Actitud de aceptación estoica, en la cual, ante la muerte no hay angustia ni esperanza. Se acepta que la vida lleva a la muerte y que este hecho se vive como una realidad dura y dolorosa que debemos aceptar tanto si nos gusta como si no, y así queremos transmitirlo a los hijos.

5. CÓMO PODEMOS AYUDAR

La muerte es una realidad que nos acompaña en nuestra vida. Desde que nacemos, todos sabemos que hemos de morir. Es un hecho *natural*, pero cuesta mucho tratarlo con naturalidad. Por eso hay que ir preparando el terreno para abordar y hablar de esta realidad con nuestros hijos, pues si esperamos a tratarlo cuando nos toque de cerca, además de todos los sentimientos que aflorarán y que tendremos que trabajar, el factor sorpresa complicará todavía más las cosas.

Antes de que los hijos se encuentren con la realidad de la muerte de personas cercanas y queridas, hay situaciones y actitudes de la vida cotidiana que ayudarán al niño, desde muy pequeño, a irse acercando al hecho de la muerte.

— Cuando muere un animal doméstico, podemos aprovechar para explicar que se ha muerto y que ya no volverá a vivir y que todos los seres vivos acabamos muriéndonos y que es normal sentir pena y tristeza. Esto es muy comprensible para los niños porque conecta con su experiencia y con sus sentimientos.

— También podemos ayudarnos de situaciones cotidianas que, sin ser situaciones de muerte, nos hablan de separaciones, de pérdidas y que, por analogía, pueden acercarnos a esta realidad.

— Es importante dejar claro, siempre que surja el tema, que todos tenemos que morir. Es fácil contestar a un hijo angustiado que dice “mamá, no quiero que te mueras nunca”, “no sufras, mamá no se morirá, siempre estaré contigo”, pero con esta actitud estamos diciendo algo que no es verdad y que, además de cuestionar nuestra credibilidad ante el hijo, no le ayudará a ir acercándose al tema de la muerte con naturalidad.

Cuando llega la muerte de personas muy cercanas y muy queridas por el niño, hay que:

- Explicárselo pronto. Es importante no utilizar subterfugios como *se ha ido de viaje o lo han llevado al hospital...*, pues por mucho que se intente disimular, el niño se da cuenta de que ocurre algo y que se le está ocultando; y esto puede resultar todavía más doloroso, pues genera desconfianza hacia los padres porque siente que le están engañando. Es muy duro para el niño sentir que no puede compartir con nadie sus sentimientos y su tristeza, y se puede sentir muy solo.
- Dejar muy claras dos ideas fundamentales: *que la persona muerta no volverá, y que su cuerpo está enterrado o bien convertido en ceniza si se ha incinerado.*
- Contestar honestamente y de la manera más real posible a todas sus preguntas. Cuando muere un ser querido, todos necesitamos consuelo y sentirnos rodeados de un ambiente de confianza y de seguridad y esto sólo puede darse cuando decimos la verdad.
- En el caso de familias creyentes, puede ser un buen momento para comentar el sentimiento profundo de que Dios no ama, está con nosotros y nos acompaña en estos momentos tan difíciles. Dios no nos deja nunca, ni en la vida ni en la muerte.
- No angustiarse porque nos vean tristes o llorando; al contrario, esto hará que el hijo se sienta más acompañado y que se de cuenta de que sus sentimientos también son compartidos por los seres que más quiere. Si ve que los adultos intentan esconder y disimular sus sentimientos, aprenderá pronto a no expresarlos y se sentirá solo con su dolor.
- Que los hijos participen en las ceremonias de los funerales y en el entierro. Son ceremonias de recuerdo y de despedida del ser querido que, sobre todo si se viven desde la fe, serán fuente de consuelo y de esperanza.

Una vez transcurridos los primeros días, cuando se vuelve a la cotidianidad, será conveniente continuar hablando de la persona que ha muerto, recordarla, hablar de lo bueno que nos ha dejado, de sus gustos, de sus ilusiones..., y así posibilitaremos que siga viviendo, si bien de otra manera, en la mente y en el corazón de nuestros hijos y ellos podrán ir elaborando el duelo por su pérdida.

5. CUESTIONARIO

1. ¿Tenemos algún recuerdo de nuestra infancia relacionado con el tema de la muerte? ¿Cómo vivimos aquella situación? ¿Cómo nos sentimos entonces?
2. ¿Hemos vivido en nuestra familia la muerte de algún familiar o de algún amigo muy cercano? ¿Qué señalaríamos de aquellos momentos?
3. ¿Recordamos alguna situación en la que nuestros hijos nos han planteado preguntas sobre la muerte? ¿Qué tipo de preguntas nos hacen? ¿Qué respondemos habitualmente? ¿Cómo aceptan los hijos nuestras respuestas? ¿Qué dificultades nos presentan?
4. ¿Qué creemos nosotros sobre la muerte? ¿Cómo la aceptamos?

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;
espinal@redestb.es; www.fespinal.com